LOS LAICOS DEL AÑO 2001

Autor: *Ovidio Pecharromán Ph. D.*
Operario Diocesano. Director del
Equipo de Pastoral para el Apos-
tolado con los de habla española.
Arlington. Virginia.

El autor nos introduce con breves pinceladas en el hombre de este momento, hombre que tiene fácil acceso a todo, con tal de que disponga del dinero para comprarlo, por esa razón valora el trabajo como medio que consigue dinero para comprar cosas. Su deseo de inmortalidad se reduce a unas cuantas prácticas religiosas esotéricas. Hay, no obstante, una minoría, fundamentada en lo Santo, que vive de fe y alegría y comparte el ámbito de la postmodernidad, en el que desempeña su misión de laico cristiano, como fermento en medio del mundo, dando sentido a la vida diaria.

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v47i159.984>

1. NUESTRO HOMBRE DEL AÑO 2001: SUS RASGOS.

Nuestro hombre postmoderno del año 2001 muestra estos rasgos.

1. *Proximidad.* Es decir, vive en un mundo o ambiente en el que todo se halla a la mano, muy cerca. Este todo significa hombres, valores, creencias, productos, hechos y noticias. Este ambiente de proximidad es un resultado de los excelentes medios de comunicación y de la rapidez del transporte, todo llega a todos al mismo tiempo y en un momento. En este ambiente nuevo, la persona de 60 años de edad se halla rodeada de sorpresas constantes: religiosas, étnicas, económicas. Y el yo de esta persona puede afectarse de relatividad, eclecticismo, indiferencia, o duda como método de hacer sus decisiones.

2. *Economía.* Nuestro hombre respeta un valor y lucha por él: la posesión de cosas materiales. Para ello se necesita trabajo que produz-

*Emigra de
sistemas
religiosos.
No se cierra
a experien-
cias "reli-
giosas"*

ca dinero con qué comprarlas. Ante el trabajo, o valor económico, los otros valores retroceden. El trabajo-dinero compra confort.

3. *Religión.* Nuestro hombre se encuentra insatisfecho; y, amenazado por su propia finitud, se preocupa lánguidamente de un deseable "inmortal seguro" para él. Es el erotismo cuasi-religioso, cuyas muestras las vemos en los cultos: a los antepasados, a los gurus, a lo satánico, a lo que forma la sombra de lo claro y manifiesto (lo oculto), a la totalidad románticamente divinizada y generadora de vida. Para conectar con estas realidades de lo oscuro o profundas deben usarse métodos que no sean científicos o de la superficie; caminos que lleven a la coincidencia con esos trasfondos, que entregan el conocimiento de lo críptico y secreto. Es así como nuestro hombre emigra de los sistemas racionales; es postmoderno. En semejante escenario, aunque no desdeñe los resultados y logros técnicos, hijos de la razón, nuestro hombre siente desaliento, tristeza nostálgica, indiferentismo ante la palabra Dios-Santo, y recusación de cuanto se presente con carácter de pauta o mandato en el campo de la moral. Este hombre emigra de los sistemas religiosos, pero no se cierra en banda a ciertos resultados y experiencias "religiosas".

4. *Subjetividad.* Nuestro hombre se queda con la experiencia subjetiva de su propia intimidad y se rige por las lucecitas que esta subjetividad personal, muy emotiva y sensual, produce.

5. *Una minoría de hombres.* En este ambiente de proximidad, economía, religiosidad difusa, subjetividad de agrado sensorial y emocional, inseguridad personal y falta de empadranamiento que ahora añadimos, existen minorías o islas de espíritu-libertad, ágape y seguridad, transcendencia y religión,

Estas minorías conservan puntos claves de referencia; para ellas el centro se mantiene. Hay prioridad y prioridades; existen valores a contemplar que bajan a la acción y cualifican las conductas de buenas o malas (lo correcto o incorrecto es apreciación o valoración insuficiente) y la fe en lo Santo produce hombres y mujeres santos. Estas minorías viven de una confianza en el pasado que les abre un futuro personal seguro y en referencia al cual relativizan la 'mentalidad mundo' descrita antes. Estos hombres y mujeres esperanzados viven la alegría porque tienen razones para ello.

Esta minoría que presentamos se halla evangelizada, aunque necesita todavía seguir comiendo el pan evangelizador. Esta minoría,

*Existe tam-
bién una
minoría
esperanza-
da y llena
de alegría*

finalmente, nos hace presente y recuerda al hombre cristiano de la escatología: el hombre final, el del futuro, que coincide con el cuerpo del Hijo del Hombre.

¿Qué debe hacer la minoría religiosa mencionada para darse a entender y para convencer a estos sus hermanos (hombres en borrador, cuya fotografía postmoderna es sólo virtual) de la verdad del Evangelio?

II. EL LAICO

Al prestar atención a esa isla de hombres en medio del mundo, nos fijábamos en los cristianos laicos, en el laico personalmente evangelizado. El laico que vive en las parroquias aunque trabaje fuera de ellas.

1. ¿Quién es este laico y qué hace?

El Concilio Vaticano, en *Lumen Gentium* 31, nos lo define.

"Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos participantes, a su modo, de la función sacerdotal profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde" (L. G., 31).

Este laico es el hombre presente, un hombre que pertenece a la historia postmoderna y vive entre los hombres postmodernos descritos. Y es a este laico a quien le toca inculturar la fe en el periodo postmoderno en que él vive.

El laico es, en efecto, el hombre de Iglesia en el corazón del mundo y hombre del mundo en el corazón de la Iglesia (Puebla). Es ciudadano de este mundo sin ser de este mundo: perteneciente al 'saeculum' sin ser secular; postmoderno, y viejo de dos mil años; administrador del mundo y, al mismo tiempo, juez del mundo. Su vocación

Laico, hombre que vive entre los hombres postmodernos

Desde su
carácter
secular
testifica a
Cristo,
como fer-
mento

es ser testigo de Cristo siempre en la creaturalidad y la historicidad. Y su identidad básica le viene de su ser en Cristo, no de su estar en el mundo.

2. Funciones

Al laico, al no ser un sacerdote ni religioso, le caracteriza el carácter secular; vive en el siglo, en medio del mundo, y tiene por vocación administrar y ordenar lo temporal, la mundanidad, y es levadura metida en la masa del mundo. Ahí testifica seriamente a Cristo y, al transformar al mundo a la imagen de Cristo, lo santifica, Esa es su vocación: santificarse mientras santifican el mundo.

Oíd la hermosa doctrina del Vaticano II sobre el laico;

"A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir; en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor" (L.G. 31)

El laico es enviado a evangelizar, en efecto, desde el bautismo y por el bautismo y la confirmación, en medio del mundo, donde, repetimos, es testigo de la misión de la Iglesia, y colabora en que la salvación llegue a todos los hombres, Por esta razón deben dársele todas las oportunidades de trabajar con la Iglesia.

El Vaticano II nos resume cuanto venimos diciendo.

"Así, pues, incumbe a todos los laicos la preclara empresa de colaborar para que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y en todas

las partes de la tierra. De consiguiente, ábraseles por doquier el camino para que, conforme a sus posibilidades y según las necesidades de los tiempos, también ellos participen celosamente en la obra salvífica de la Iglesia" (L. G. 31).

El laico, pues, ilumina, da sentido y explicación a la vida ordinaria y su repetitividad, su peso y aburrimiento, su tendencia a la vanalidad e inautenticidad, irradiando en ella la fidelidad, la sorprendente novedad, y la aspiración a la realización plena de esta misma vida humana en Dios, en el mundo que viene. Es desde esta vida eterna desde donde desciende la desvelación, la palabra de sentido, la Luz de Luz que es el Salvador, para los hombres y sus modos de ser en el mundo. (Por supuesto; esta doctrina defiere de una simple explicación filosófica.)

El laico; en efecto, invita testimonialmente al hombre postmoderno a pasar de la existencia inauténtica a la auténtica, de la opacidad de sentido al sentido pleno, pero todavía enigmático, de la finitud entrópica a la finitud cuasi-infinita propia de la vida humana endiosada. Es un pastor del ser temporal al que orienta dándole sentido, descubriendo y aceptando su sentido creatural y testimonial.

De este modo el laico relativiza, hace ostensible, la verdad del mundo y sus desarrollos culturales a los hombres de la presente generación y lo juzga, ahuyentando de este modo la tentación a idolizarlo y absolutizarlo: sea ello en forma de naturaleza física, en forma de trabajo y dinero, en forma de poder y sumisión o en forma de cualquier icono ideológico.

Este cristiano mundano que se atreve a ser banquero honesto, director de cine sano, político interesado en el bien común, reportero que hace bello y simple eco de la verdad, artista que reconoce los ritmos del Santo en su creación, médico que sufre con el enfermo para aligerar su pena... Este es el cristiano del mundo, para el mundo y desde el mundo: éste es el laico católico. Esta es la Iglesia en su laicidad o laicado.

Este laico discrimina y distingue entre lo importante y lo urgente; entre la libertad y la gana; entre el amor y el sexo; entre la alegría y el confort; entre el trabajo y el destino; entre la opinión pública y el bien moral; entre legislación y conciencia; entre lo científico y la sabiduría; entre naturaleza física y realidad; entre religión y sentimiento subjetivo.

*El laico da
sentido y
explicación
a la vida
diaria, ale-
jándose de
trivializarla*

Necesaria
competencia
profesional y
conocimiento

Estos conceptos tándem forman la red de palabras ambiguas que el postmodernismo usa y que él, el laico identificado, pone en luz cristiana y ayuda a entender con sencilla honestidad evangélica, y con valentía de corazón, 'parresia'. Él lleva estas palabras al banquillo. Y no es menos laico el que esta en la TV que el que ayuda en la sacristía.

Es claro que para llevar a cabo su obra de evangelización en medio del mundo y de la cultura presente, deben poseer un grado de conocimiento y competencia profesional que les permita actuar en sus áreas de acción correspondientes, siendo conscientes de lo que pertenece a la Iglesia y lo que pertenece a la sociedad. Ellos deben saber conciliar ambos puntos de vista guiándose por su conciencia cristiana.

Dice el Concilio Vaticano II:

"Conforme lo exige la misma economía de la salvación, los fieles aprendan a distinguir con cuidado los derechos y deberes que les conciernen por su pertenencia a la Iglesia y los que les competen en cuanto miembros de la sociedad humana, Esfuércense en conciliarlos entre sí teniendo presente que en cualquier asunto temporal deben guiarse por la conciencia cristiana, dado que ninguna actividad humana, ni siquiera en el dominio temporal, puede substraerse al imperio de Dios. En nuestro tiempo es sumamente necesario que esta distinción y simultánea armonía resalten con suma claridad en la actuación de los fieles, a fin de que la misión de la Iglesia pueda responder con mayor plenitud a los peculiares condicionamientos del mundo actual" (L. G. 36).

Estos evangelizadores laicos, con función de protagonismo en la difusión del Evangelio, tienen el derecho a recibir de sus pastores todo aquello que se refiera a dones espirituales, y a manifestarles sus necesidades. Tienen también la facultad, y a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia (L. G., 37). Al mismo tiempo, los pastores deben reconocer y promover la dignidad y la responsabilidad de los laicos. Los pastores, a quienes el laico respeta en Cristo, deben darles cargos, ofrecerles la oportunidad de actuar y de emprender obras y atender a sus ruegos, deseos e iniciativas. Pues su ser Iglesia, su modo de serlo no es optativo o se halla en función de emergencias, sino que es un derecho y al mismo tiempo una obligación. Su vocación, que cuenta con la posesión del Espíritu por el Bautismo y los talentos personales que como criatura libre decide

Los pastores
deben
promover
la dignidad
y responsabilidad
de los laicos

poner al servicio del reino, se conviene en misión al Oír las palabras: "Vayan también ustedes a trabajar en mi viña" La Iglesia con la azada en la mano, ése es el laico. Y esa es la misión del laico cristiano, convertir la tierra en jardín, y al ser humano en amigo de Dios que conversa con Él. Los pastores le ayudan precisamente a tomar conciencia de su magnífica vocación.

Este laico, bien puesto, identificado, vive en una parroquia.

La parroquia es como una célula de toda la diócesis y ofrece un modelo claro del apostolado comunitario, porque unifica las variantes y diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia (Ap. Act. LO). Ella expresa el carácter comunitario de la evangelización o apostolado, y como célula eclesial replica en sí la Iglesia universal que es 'una', 'santa', 'católica' y 'apostólica'.

El laico, hijo de esa madre Iglesia con minúscula que es la parroquia, aprende a ser uno (identificado), santo (bautizado), católico (amante de todos), e hijo de los apóstoles en ella (acepta su credo y es misio-nero).

Este laico, que se forma no sólo en saber y saberes, sino también en vivir y modos concretos de vivir, lleva al mundo, en la parroquia o en la oficina, un testimonio existencial vibrante y alegre, que hará pasar de la calle o mundo profano, al santuario, transformado ahora ese testimonio en oración y agradecimiento al Padre de la comunidad donde él vive en unión con el resto de sus hermanos laicos y a su servicio.

Este laico, insistimos, experto en mundanidad introduce la Iglesia en esa mundanidad misma para iluminarla y darle sentido.

Ciertamente, los mil millones de laicos del mundo hacen presente su Iglesia (extendida por todo el mundo) a ese mundo para darle aliento y dignificarlo. La Iglesia no huye del mundo; al contrario, arraiga y anticipa en él la ciudad futura.

Por otra parte, es entre los laicos y desde los laicos, desde donde se desarrollan las vocaciones y carismas que la Iglesia va necesitando mientras camina al Padre a la sombra del Espíritu.

Para terminar, pues, decimos que el laico goza de una vocación secular que ejercita en menesteres seculares. Y es en este ejercicio donde él se santifica, da una muestra de orgullo bautismal y empadronamiento en la familia de los hijos de Dios a los hombres de la presente generación, y relativiza con su vida los mercados de la satisfacción, del confort

Dentro de la parroquia y en armonía con ella desempeña su misión concreta

ESTUDIOS

El laico goza de una vocación secular para menesteres seculares

y del eros consumista y de poder que afectan a la mentalidad mundo. Y lleva a cabo esta misión envidiable, necesaria y preciosa reconciliando, humanizando, dignificando y haciéndolo todo en pentagrama de verdad, justicia, amor y paz: en legislación del Reino de Dios que el laico establece en la sociedad de los hombres y mujeres de hoy día.

Segunda Parte: *ORACIÓN*

Virgen valiente,
 inspira en nosotros fortaleza de ánimo y
 confianza en Dios,
 para que sepamos superar
 todos los obstáculos que encontramos
 en el cumplimiento de nuestra misión.
 Enséñanos a tratar las realidades del mundo
 con un vivo sentido de responsabilidad cristiana
 y en la gozosa esperanza
 de la venida del reino de Dios,
 de los nuevos cielos y de la nueva tierra
 Tú que junto a los Apóstoles
 has estado en oración en el Cenáculo
 esperando la venida del Espíritu de
 Pentecostés invoca su renovada efusión
 sobre todos los fieles laicos, hombres y mujeres,
 para que correspondan plenamente
 a su vocación y misión,
 como sarmientos de la verdadera vid, llamados
 a dar mucho fruto para la vida del mundo.
 Virgen Madre, guíanos y sosténnos
 para que vivamos siempre
 como auténticos hijos e hijas
 de la Iglesia de tu Hijo y
 podamos contribuir a establecer sobre la tierra
 la civilización de la verdad y del amor,
 según el deseo de Dios y para su gloria.
 Amén,

(Oración de Juan Pablo II en *Christifideles laici*, 1987)

NOTA BIBLIOGRÁFICA

- Encíclica *Pacem in terris*, de Juan XXIII, año 1963.
- Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *LUMEN GENTIUM* Vaticano II, 1965.
- Constitución Pastoral sobre La Iglesia en el Mundo,
- *GAUDIUM ET SPES*, 1965.
- Orientación Conferencia Episcopal española, sobre Apostolado Seglar, 1972.
- Exhortación Ap. *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI, 1975.
- Orientación sobre Participación Política, Conferencia Episcopal Española, 1976.
- Exhortación Ap. *Familiaris Consortio*, Juan Pablo II, 1981.
- Encíclica *Laborem Exercens*, de Juan Pablo II, 1981.
- Conf Episc. Españ. Constructores de la Paz, 1986.
- Conf Episc. Españ. Católicos en la Vida Pública, 1986.
- Conf Episc. Españ. El Seglar en la Iglesia y en el Mundo, 1987.
- Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, Juan Pablo II, 1987.
- Exhor. Ap. *Christifideles Laici*, Juan Pablo II, 1987.
- Confer. Episc. Espail. Cristianos Laicos, Iglesia en el Mundo, 1991,
- Catecismo de la Iglesia Católica, Madrid; Impresa, 1992.
- Apostol. Act. 33. y párrocos.
- *Christus Dominus* (Decreto). 30.
- Pontificia Comisión para Amér. Latina, *LOS EVANGELIZADORES*, Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1996.